

sus sentidos emociones tan fuertes, que sus miembros desfallecían. Había concebido un gran placer al darse cuenta hasta de los más ligeros estremecimientos de la vida. ¡Y la mañana en que Albina había nacido, al lado suyo, en medio de las rosas! Todavía reíase extasiado ante aquel recuerdo. Levantábase a la manera de un astro necesario al mismo sol; iluminábalo todo y todo lo explicaba; lo completaba. Entonces reanudaba con ella sus paseos, a los cuatro lados del Paradou. Recordaba los ricitos que revoloteaban en su cerviz, cuando corría delante de él. Oía muy bien y balanceaba sus tibias sayas, cuyo roce se asemejaba a una caricia. Cuando le tomaba en sus desnudos brazos, flexibles como culebras, esperaba verla, tan delgada era, enroscarse a su cuerpo y dormirse allí, pegada a su piel. Ella era quien iba delante; conducíale por un sendero apartado, en donde se retardaban, para no regresar demasiado deprisa. Ella le comunicaba la pasión por la tierra. Aprendía a amarla, al mirar cómo se aman las hierbas; ternura por mucho tiempo de incertidumbre y cuya grande alegría habían logrado sorprender una tarde, bajo el árbol gigante, en la sombra sudorosa de savia. Allí se encontraban al fin de su camino. Albina, acostada y con la cabeza envuelta en sus cabellos, tendíale los brazos. El la estrechaba en los suyos. ¡Oh, tomarla, poseerla todavía, sentir su regazo, estremecerse de fecundidad, hacer vida, ser Dios!

El sacerdote, bruscamente, lanzó una sorda queja. Incorporóse, como bajo dentellada invisible; después se abatió de nuevo. La tentación acababa de morderle. ¿En qué inmundicia se extraviaban sus recuerdos? ¿No sabía que Satanás cuenta con todas las astucias, que hasta se aprovecha de las horas de examen interior para deslizarse hasta el alma su cabeza de serpiente? No, no, no había excusa. La enfermedad no autorizaba el pecado. A él le tocaba guardarse y encontrar a Dios, al sa-

lir de la fiebre. Por el contrario, había hallado un placer en abatirse en su carne. ¡Y qué prueba de sus abominables apetitos! No podía confesar su pecado, sin deslizarse a su pesar a la necesidad de volverlo a cometer en pensamiento. ¿No podría imponer silencio, a aquel cieno? Soñaba en vaciarse el cráneo, para no pensar más; en abrirse las venas para que su pecadora sangre no le volviese a atormentar. Por un instante permaneció con el rostro entre las manos, tiritando, ocultando los menores pedazos de su carne, como si las bestias que se movían en torno suyo le hubiesen erizado el pelo con su ardorosa respiración.

Pero de todas maneras él seguía pensando y la sangre, a pesar de todo, latía en su corazón. Sus ojos, que cerraba con los apretados puños, veían, en la negrura de las tinieblas, las suaves líneas del cuerpo de Albina, trazadas con rayos de fuego. Dejaba ver un desnudo seno, deslumbrante como un sol. A cada esfuerzo que hacía para hundir más y más sus ojos, para arrojar de la mente aquella visión, más luminosa aparecía, más se acusaba con movimientos de caderas, con llamamientos de extendidos brazos, que arrancaban al sacerdote estertores de angustia. ¿Abandonábale Dios en tal medida, que ya no había para él refugio alguno? Y no obstante, la tensión de su voluntad, la falta volvía a empezar siempre, se precisaba con espantosa claridad. Y volvía a ver las menores briznas de hierba al borde de las sayas de Albina; encontraba, sujeta a sus cabellos, una florecilla de cardo, en la cual recordaba haberse picado los labios. Hasta los olores, los azúcares un tanto acres de los tallos aplastados que a él llegaban; hasta los lejanos sonidos que continuaba oyendo, el acompañado piar de un pájaro, un gran silencio y después un suspiro pasando sobre los árboles. ¿Por qué el cielo no le aterraba al momento? Habría sufrido menos. Gozaba de su abominación con voluptuosidad de precito. Agitábale cierto furor al escuchar

las execrables palabras que había pronunciado a los pies de Albina; retumbaban en aquella hora para acusarle ante Dios. Había reconocido a la mujer como su reina y señora; habíase dado a ella como esclavo, besándole los pies, soñando en ser el agua que ella bebía, el pan que se llevaba a la boca. Ahora comprendía por qué ya no podría recobrarle. Dios lo dejaba entregado a la mujer. Pero él le pegaría, le rompería los miembros para que le dejase. Ella era la esclava, la carne impura, a la cual la Iglesia habría debido negar un alma. Entonces mantúvose él firme y levantó los puños sobre Albina. Y los puños se abrían y las manos se deslizaban sobre los desnudos hombros, con blanda caricia, mientras que la boca, rebotante de injurias, se pegaba a los desatados cabellos, balbuceando palabras de adoración.

El padre Mouret abrió los ojos. La ardiente visión de Albina había desaparecido. Fué aquello un alivio repentino, inesperado. Pudo entonces llorar; lentas lágrimas refrescáronle las mejillas, mientras que respiraba por largo espacio, no siendo osado de moverse, por temor de ser de nuevo asido por el cuello. Continuaba oyendo un salvaje gruñido a sus espaldas. Luego, resultaba tan dulce el no padecer ya tanto, que se abstraía saboreando aquel bienestar. En el exterior la lluvia había cesado. El sol marchaba a su ocaso en inmenso y claro resplendor, que parecía colgar en las ventanas cortinajes de raso color de rosa. La iglesia a la sazón, hallábase templada, viviente con el postrero hálito del sol. El sacerdote daba vagamente gracias a Dios por el descanso que se dignaba concederle. Un ancho rayo de sol, polvillo de oro que atravesaba la nave, iluminaba el fondo de la iglesia, el reloj, el púlpito, el altar mayor. ¿Significaba aquello quizás que le era devuelta la gracia en aquel sendero de luz, que descendía del cielo? Interesábase por los átomos que iban y venían envueltos en el rayo de sol, con rapidez prodigiosa, a la manera de

una muchedumbre de mensajeros atareados, llevando sin cesar noticias del sol a la tierra. Mil cirios encendidos no habrían llenado la iglesia con semejante esplendor. Detrás del altar mayor veíanse estendidos tapices de oro; sobre las gradas hallábanse oleadas de argentería, candelabros descogiéndose en haces de luz, incensarios en que ardían ascuas de pedrerías, vasos sagrados, extendidos de trecho en trecho, con resplandores de cometas; y por todas partes percibiase una lluvia de luminosas flores en medio de voladores encajes, de ramilletes, de guirnaldas de rosas, cuyos capullos, al abrirse, dejaban caer estrellas. Jamás había deseado riqueza tal para su pobre iglesia. Sonreíase y soñaba en fijar allí aquellas magnificencias, que él disponía a su sabor. Por su parte, habría preferido ver las cortinas de paño de oro, colocadas más arriba; los vasos parecíanle también echados aquí y allá con sobrado desaliño; recogía asimismo las flores perdidas, volviendo a atar los ramilletes y dando a las guirnaldas más suave curva. Mas ¡qué maravilla cuando toda aquella pompa quedase por tal modo ostentada! El se convertía en el pontífice de una iglesia de oro. Los obispos, los príncipes, las mujeres arrastrando mantos reales, multitudes devotas, con la frente en el polvo, le visitaban, acampaban en el valle, esperaban semanas a la puerta, antes de poder entrar. Besábanle los pies, porque sus pies eran también de oro y hacían milagros. Un corazón de oro latía en su pecho de oro, con sonido musical tan claro, que las muchedumbres, de la parte de afuera, le oían. Entonces un inmenso orgullo le arrebatava. Habíase convertido en ídolo. El rayo de sol continuaba ascendiendo, el altar mayor resplandecía, el sacerdote se persuadía de que era sin duda la gracia lo que le alcanzaba, para que experimentase tamaño regocijo interior. El gruñido salvaje detrás de él, convertíase en zalamero. Ya no sentía en su cuello sino la suavidad de una pata de terciopelo, como si

algún gigantesco felino le hubiese acariciado.

Y continuó su ensueño. Jamás había visto las cosas con claridad tan refulgente. Parecía todo fácil entonces y hacedero; tan fuerte se juzgaba. Ya que Albina le esperaba, iría a unirse a ella. Era lo natural. Por la mañana bien que había casado al gran Fortunato con la Rosalía. La iglesia no prohibía el matrimonio. Veíales todavía sonreirse y darse con el codo bajo sus manos, que les bendecían. Luego, a la noche, habíanle enseñado su lecho. Cada una de las palabras que les había dirigido, estallaban más altas aún en sus oídos. Decía al gran Fortunato que el Señor le enviaba una compañera, porque no ha querido que el hombre viviese solitario. Decía a la Rosalía que por su parte debía ligarse a su marido, no dejarle nunca, ser su sierva sumisa. Mas decía también estas cosas por él y por Albina. ¿No era su compañera, su sierva sumisa, la que Dios le enviaba a fin de que su virilidad no se agostase en la soledad? Por lo demás, ligados estaban. Quedábase muy sorprendido por no haberlo comprendido así desde el primer instante, por no haberse ido con ella, como el deber lo exigía. Mas era cosa decidida, se uniría a ella desde el día siguiente. En cosa de media hora se hallaría a su lado. Atravesaría el pueblo, y tomaría el camino de la ladera, que era mucho más corto. Podía todo, era dueño, nadie le diría nada. Si se le mirase, con sólo un gesto, haría bajar todas las cabezas. Después, viviría con Albina; la llamaría mujer suya y serían sumamente felices. El oro volvía a subir y manaba entre sus dedos. Volvía a entrar en un baño de oro; llevábase los vasos sagrados para las necesidades de su casa, llevando un gran tren, pagando a su gente con fragmentos de cáliz, que retorció entre sus dedos, con ligero esfuerzo. Ponía en su lecho de bodas los cortinajes de paño de oro del altar. Tocante a alhajas, daría a su mujer los corazones de oro, los rosarios de oro, las cruces de oro, pendientes del cuello de

la Virgen y de las Santas. Hasta la iglesia misma, si la levantaba un piso, podría hacerles las veces de palacio. Dios no podría decir nada, ya que permitía amar. Por lo demás, ¿qué le importaba Dios! ¿No era él entonces Dios, con sus ples de oro, que las multitudes besaban y que realizaba milagros?

El padre Mouret se levantó e hizo aquel especial gesto de Jeanbernat, aquel gesto de negación que abrazaba todo el horizonte.

—No hay nada, nada, nada—dijo.—Dios no existe.

Un gran estremecimiento pareció pasar por la iglesia. El sacerdote, despavorido, lleno de mortal palidez, escuchaba. ¿Quién, pues, había hablado? ¿Quién había blasfemado? Súbitamente, la caricia de terciopelo, cuya suavidad sentía en la cerviz, habíase vuelto feroz; sus garras le arrancaban la carne y su sangre volvía a correr. Permaneció, no obstante, en pie, luchando contra la crisis.

Injuriaba al pecado triunfante, que hacía mofa en torno a sus sienes, en donde todos los martillos del mal empujaban a golpear de nuevo. ¿No conocía sus traiciones? ¿No sabía que a menudo sentía un placer en acercarse con sus sedosas patas para hundirlas en seguida como puñales hasta los huesos de sus víctimas? Y su furor redoblaba, a la sola idea de haber sido cogido en aquel lazo, lo mismo que un niño. ¡Siempre se vería por los suelos, con el pecado agachado victoriosamente sobre su pecho! He aquí que ahora negaba a Dios. Era la pendiente fatal; la fornicación mataba la fe; después el dogma se derrumbaba. Una duda de la carne, abogando por su inmundicia, bastaba para barrer todo el cielo. La divina regla irritaba, los misterios hacían sonreír; en un rincón de la religión abatida, acostábanse discutiendo su sacrilegio, hasta haberse cavado una madriguera de bestia salvaje incubando su cieno. Entonces llegaban las demás tentaciones; el oro, el poder, la vida libre, una necesidad irresistible de gozar, que lo

conducía todo a la gran lujuria, revolcada sobre lecho de riqueza y de orgullo. Y se robaba a Dios. Destrozábanse las custodias para suspenderlas a la impureza de una mujer. Pues bien, estaba condenado. Nada ya le molestaba, el pecado podía hablar en él tan alto como le plugiese. Era envidiable el no tener que luchar más.

Los monstruos que habían correteado a su espalda, peleaban ahora en sus entrañas. Inflaba sus costados para sentir sus dientes todavía mejor. Abandonábase a ellos con jubilación espantosa. Una rebeldía inducía a mostrar sus puños a la Iglesia. No, ya no creía en la divinidad de Jesucristo, ya no creía en la Santísima Trinidad, no creía sino en él, en sus músculos, en los apetitos de sus órganos. Quería vivir; sentía la necesidad de ser hombre. ¡Ah! ¡correr al aire libre, ser fuerte, no tener amo celoso, matar a sus enemigos a pedradas, llevarse a cuestras a las jóvenes que pasan! Resucitaría de la tumba, en donde toscas manos le habían tendido; despertaría su virilidad, que tan sólo debía de estar adormecida. ¡Y que expirase de ignominia si llegase a encontrar su virilidad fenecida! ¡Y que Dios fuese maldito, si le hubiese retirado de entre las criaturas, tocándole con su dedo, a fin de guardarle para su sólo servicio!

El sacerdote se encontraba en pie, alucinado. Creyó que, ante aquella nueva blasfemia, la iglesia se derrumbaba. La dilatada extensión de sol que inundaba el altar mayor, había ido agrandando lentamente, iluminando las paredes con rojez de incendio. Algunas llamaradas ascendieron aún, lamieron el techo y se extinguieron en sangriento resplandor de ascua. De súbito la iglesia se quedó enteramente a oscuras. Parecía que el fuego de aquella puesta de astros, acababa de hacer estallar la techumbre, de hender las paredes, de abrir por todas partes anchurosas brechas para los ataques del exterior. El sombrío esqueleto se tambaleaba, en espera de algún asalto formidable. La

noche, con gran rapidez, se venía encima.

Entonces, desde muy lejos, el sacerdote oyó un murmurio que subía del valle de los Artaud. En otro tiempo, no comprendía el ardiente lenguaje de aquellas tierras abrasadas, en donde tan sólo se retorcían nudosas cepas, descarnados almendros, derrengándose sobre sus enfermos miembros. Atravesaba por en medio de aquella pasión, con la serenidad de su ignorancia. Mas hoy, instruido en los misterios de la carne, comprendía hasta los menores suspiros de las hojas que languidecían al sol. En un principio, y en las lejanías del horizonte, fueron las colinas, tibias aún por el adiós del sol poniente, las que se estremecieron y que parecieron tambalearse con el sordo pisar de un ejército en marcha. Después, las esparcidas rocas, los pedruscos de los caminos, todos los guijarros del valle, se levantaron también, rodando, zumbando, como arrojados hacia adelante por la necesidad de moverse. Tras de ellos, las landas de tierra roja, los escasos terrenos conquistados a fuerza de azadón, pusieron a desligarse y a gruñir, como ríos salidos de madre, arramblando en la oleada de su sangre, concepciones de semillas, alumbramientos de raíces, copulaciones de plantas. Y muy en breve todo se halló en movimiento; las cepas de las vides se arrastraban como enormes insectos; los raquíticos trigales, las angostadas hierbas, formaban batallones armados de altas lanzas; los árboles se desmelenaban corriendo, estirando sus miembros, semejantes a luchadores que se aperciben al combate; las hojas caídas se agitaban, el polvo de los caminos poníase en movimiento. Multitudes reclusando a cada paso nuevas fuerzas, pueblos en celo, cuyo soplo se acercaba, tempestades de vida con aliento de fragua, llevándose todo por delante en el torbellino de un parto colosal. De repente el ataque se realizó. Desde el límite del horizonte, la campiña entera se abalanzó sobre la iglesia,

las colinas, los guijarros, las tierras, los árboles. La iglesia, ante aquel primer choque, crugió; hendiéronse las paredes y las tejas volaron. Pero el gran Cristo, movido con violencia, no cayó.

Hubo una ligera tregua. Fuera, las voces se elevaban cada vez más furiosas. Ahora el sacerdote distinguía voces humanas. Era el pueblo, los Artaud, aquel puñado de bastardos nacidos en la roca, con la testarudez de las zarzas, que soplaban a su vez un viento cargado de una pululación de séres. Los Artaud fornicaban por tierra, plantaban progresivamente un bosque de hombres, cuyos troncos se lo comían todo a su alrededor. Subían hasta la iglesia, hundían la puerta con su desarrollo y amenazaban obstruir la nave con las invasoras ramas de su raza. Tras de ellos, en la confusión de las malezas, acudían los animales, bueyes procurando hundir las paredes con sus cuernos, manadas de asnos, de cabras, de ovejas, invadiendo la iglesia en ruinas, como oleadas vivientes, horningueros de correderas y de grillos atacando los cimientos, desmenuzándolos con sus dientes de sierra.

Y hallábase también, al otro lado, el corral de Deseada, cuyo estercolero exhalaba vahos de asfixia; el gran gallo Alejandro daba la señal del asalto con su clarín, las gallinas separaban las piedras a picotazos, los conejos cavaban madrigueras hasta por debajo de los altares, a fin de minarlos y derrocarlos, el cerdo, tan cebado que no podía moverse, gruñía en la espera de que los ornamentos sagrados se convirtiesen en un puñado de calientes cenizas para revolcar en ellas el vientre. Resonó un formidable rumor y se dió un nuevo asalto. El pueblo, las bestias, toda aquella marea de vida que se desbordaba, engulló un instante la iglesia bajo un furor de cuerpos que hacían doblegar las vigas. Las hembras, en el barullo, lanzaban de sus entrañas un alumbramiento continuo de nuevos combatientes. Aquella vez la iglesia resultó

con un lienzo de pared derrumbado; la bóveda se tambaleaba, el maderamen de las ventanas era arrebatado y la humareda del crepúsculo, cada vez más siniestra, entraba por las brechas, bostezando espantosamente. En la cruz, el gran Cristo tan sólo se sostenía por el clavo de la mano izquierda.

El derrumbamiento del lienzo de pared fué saludado por gran clamoreo. Pero la iglesia se mantenía aun sólida, a pesar de sus heridas. Obstinábase por modo feroz, muda, sombría, afianzándose a las menores piedras de sus cimientos. Parecía que aquella ruina, para sostenerse en pie, tan sólo necesitó el pilar más delgado, que sostenía, por un prodigio de equilibrio, la techumbre agujereada. Entonces el padre Mouret vió las rudas plantas del terraplén poner manos a la obra, aquellas terribles plantas endurecidas por la sequedad de las rocas, nudosas como serpientes, de madera dura y abollada en sus músculos. Los líquenes, color de herrumbre, semejantes a inflamada lepra, empezaron por comerse el enjalbiego de cal. En seguida los tomillos hundieron sus raíces entre los ladrillos, como cuñas de hierro. Los espliegos deslizaban sus largos y retorcidos dedos bajo cada mampostería agrietada, atraíanlas hacia ellos y las arrancaban con esfuerzo lento y continuo. Los enebros, los romeros, los acebos espinosos, llegaban a mayor altura, y daban empujes invencibles. Y hasta las mismas hierbas, aquellas hierbas cuyas secas briznas pasaban por debajo de la gran puerta, atiesábanse, como picas de acero, hundiendo la gran puerta, avanzando hacia la nave en donde levantaban las losas con sus potentes pinzas. Era aquello la sedición victoriosa, la naturaleza revolucionaria, levantando barricadas con altares derrocados, demoliendo la iglesia que les hacía sombra desde hacía siglos. Los otros combatientes dejaban obrar a las hierbas, a los tomillos, a los espliegos, a los líquenes, a aquel roer de los

pequeños más destructor que los golpes de maza de los fuertes, a aquel desmenuzamiento de la base, cuyo sordo trabajo había de acabar por echar por tierra todo el edificio. Después, repentinamente, llegó el fin. El serbal, cuyas altas ramas penetraban ya bajo la bóveda, por los cristales rotos, entró violentamente, con una ráfaga de verdura formidable. Plantóse en mitad de la nave y allí creció desmesuradamente. Su tronco se hizo colosal, hasta el punto de hacer estallar la iglesia, cual un cinturón sobrado estrecho. Las ramas extendieron por todos lados nudos enormes, cada uno de los cuales cargaba con un pedazo de pared, con un jirón de cubierta; y se multiplicaban a la continua, cada rama se multiplicaba hasta lo infinito, un nuevo árbol nacía de cada nudo, con furor tal de crecimiento, que los restos de la iglesia, agujereada como una criba, volaron en astillas sembrando en los cuatro ámbitos del firmamento una finísima ceniza. Ahora el árbol gigante tocaba a las estrellas. Su bosque de ramas era un bosque de miembros, de piernas, de brazos, de torsos, de vientres, que sudaban la savia; pendían cabelleras de mujeres, cabezas de hombres hacían estallar la corteza, con carcajadas de brotes nacientes; allá en lo más alto, las parejas de enamorados, descaecidos al borde de sus nidos, henchían el aire con la música de su alegría y el olor de su fecundidad. Una última ráfaga del huracán que había penetrado en la iglesia, barrió el polvo, el púlpito y el confesonario, hechos añicos, las santas imágenes laceradas, los vasos sagrados fundidos, todos aquellos escombros que picaban con avidez las bandadas de gorriones, en otro tiempo alojados bajo las tejas. El gran Cristo, arrancado de la cruz, suspendido por un momento a una de las flotantes cabelleras de mujer, fué arrebatado, arremolinado, perdido en la negra noche, en cuyo fondo fué a caer con resonancia. El árbol de vida acababa de agujerear el cielo y rebasaba los límites de las estrellas.

El padre Mouret aplaudía frenéticamente, como un condenado, ante aquella visión. La iglesia quedaba vencida. Dios no tenía ya casa. Ahora Dios no volvería a molestarle. Podía reunirse con Albina, puesto que ella triunfaba. ¡Y cómo se reía de sí propio, cuando hacía una hora afirmaba que la iglesia se comería la tierra con su sombra! La tierra se había vengado comiéndose la iglesia. La loca carcajada que soltó, le sacó sobresaltado de su alucinación. Pasto de estupidez, miró la nave sumergida en el crepúsculo; por las ventanas, jirones de cielo dejábanse ver, salpicados de estrellas. Y extendía los brazos, con intención de palpar las paredes, cuando la voz de Deseada le llamó desde el corredor de la sacristía.

—Sergio, ¿estás ahí?... ¡Habla, pues! Hace media hora que te estoy buscando.

Y entró con una lámpara en la mano. Entonces el sacerdote se cercioró de que la iglesia continuaba en pie. Ya no comprendía; quedaba sumergido en una duda atroz, entre la iglesia invencible renaciendo de sus cenizas, y Albina omnipotente, que hacía vacilar a Dios con sólo su aliento.